

# **LA VOZ SENTIDA**

Oraciones para rezar con los ojos cerrados

*Fran Álvarez Charneco*

## Prólogo

---

Hay muchas ocasiones en las que cerramos los ojos a lo largo de nuestra vida, sobre todo, cuando no queremos ver más allá de nuestra propia historia, cuando no queremos ver más allá de la puerta de nuestra casa, cuando no queremos ver más allá de nada ni de nadie, ni tan siquiera de nuestro propio corazón, al que no dejamos abrirse de par en par, aunque sólo fuera un instante y para nosotros mismos.

Pero Fran Álvarez juega a descubrir nuevos mundos desde la esencia y la sencillez y nos empuja a cerrar los ojos de otra manera muy distinta, por otro motivo mucho más hermoso. Nos invita a cerrar los ojos para que se produzca el milagro del encuentro, del regreso al primer vientre, el diálogo entre el hombre y el Padre, el abrazo profundo del alma más íntima sobre el pecho de Dios. Y así, de esta manera, como en un maravilloso efecto dominó, se provoque el reencuentro del hombre con el hombre, del hombre con el niño que lleva dentro y del hombre con su propio corazón. Abriendo el alma al otro, al que tenemos al lado, y que no somos capaces de ver por nuestros ojos cerrados.

Fran Álvarez nos convida con su “*Voz sentida*” a sumergirnos en las entrañas del Corazón de Dios por medio de la oración más sentida, la plegaria más sosegada, la invocación más serena, como sólo se puede hacer cuando cerramos los ojos y nos encontramos a solas con Él.

Cualquiera que sea nuestra circunstancia personal, por medio de esta oración íntima, podemos llegar a abrir nuestros ojos al mundo, aunque los tengamos cerrados, y ser capaces, al fin, de mirar de otra manera muy distinta, de pie, frente a frente, directo a las pupilas del otro.

Y así, y no de otra manera, cuando cerremos los ojos por última vez y vayamos al encuentro del Padre, podamos abrirlos con la certeza de haber intentado por lo menos ser justos en nuestra vida, y limpios, y sencillos. Como el Padre siempre quiso. E intentando ser, sobre todo, nosotros mismos.

Este escritor y poeta nos desnuda su alma y nos lleva por sus venas en un viaje que nos muestra que, aún cuando nos sintamos totalmente vacíos, helados, infértiles, descorazonados, deshumanizados, aún así nos acoge Dios y nos lleva en sus brazos hasta alzarnos a la cumbre de su amor, de su inmenso amor. Y allí, justo al lado de su voz sentida, cerrar los ojos despacito y dejarnos llevar por Él.

Así lo he percibido al leer el libro. Así lo he comprobado al tener que cerrar los ojos del corazón para poder ver con mucha más claridad más allá de mí misma. Y así lo he sentido al compartir con Fran los sentimientos más profundos, los que le brotan del alma viva y que quiso compartir conmigo una tarde nueva de un abril distinto. Cuando nos decidimos a crear pasiones. Y un montón de sueños. Hace ya casi un cuarto de siglo. Casi toda una eternidad. Casi un pequeño soplo de aire fresco en los dulces labios de Dios.

---

*Inma García de la Corte*

*Historiadora del Arte*

## *Preludio a modo de fuga*

---

Cuando quise rezar, lo hice siempre con los ojos cerrados. Tal vez para no verme a mí mismo sembrado de dudas y reflejado en este espejo roto de los días que me iba destrozando el alma.

Cuando quise rezar, lo hice siempre consciente, sabiendo lo que hacía, pero con el corazón aturdido y la fe canalla golpeando en mi pecho. Sabiendo que Dios me estaba llamando a pocos centímetros del corazón. Y que el encuentro era inevitable. Sudando de incertidumbre, pero sintiéndome extraordinario, único, con la razón tranquila y el espíritu perdonado. Asumiendo que en esos momentos me encontraba allí, en una esquinita de mí mismo, solo, con esa noche mágica y bohemia creada y tendida detrás de mis párpados. Con las manos buscando con desesperación un par de cornisas en donde poder apoyarme para no caer herido. Con los pies muy juntos para saborear ese vértigo irreconocible de la verdad. Y con el vientre abierto para poder preñarme de vida. De una vida llena de luz. Y de paz. Y de intenciones. De una Vida llena del Padre.

Cuando quise rezar, me bastaron unas cuantas palabras. Unas pocas. No más. Las suficientes para sonreír y recordar. Palabras que, algunas, parecían hablarme del sacrificio y de la entrega a los demás. Otras de la humildad y de la pasión. Otras del silencio y del coraje. Y las últimas, quizá las mejores, del amor y de la esperanza. Después, sólo tenía que dar unos pequeños pasos hacia adelante, con todos los sueños bien amarrados a

las entrañas, con la voz firme, con la ternura arañándose la piel y con la fuerza interior de un hijo que se siente seguro de lo que hace. Y ya está, a esperar que cruzaran por mi espacio vital unas cuantas estrellas fugaces a las que poder seguir de lejos y que me llevaran de lleno hasta las mismas puertas de esa casa soñada.

Y es que cuando quise rezar, lo hice siempre con los ojos cerrados. Pero mirando de frente con aquellos otros ojos, los de la esencia y el deseo, como lo hacen los que aman. Los que se atreven a mirar sin miedos. Cara a cara. Creyendo con firmeza que “alguien” iba a guiar mi rumbo, y que escucharía mis plegarias, y me abrazaría, y después me diría todo lo que me quiere. A pesar de mis indecisiones. Y de mis pecados. Y de mi cobardía. A pesar, incluso, de haber estado escondiéndome de mí mismo toda la vida y no haber tenido el valor suficiente de pronunciar con claridad mi nombre, para que los demás supieran que existo y que soy de esos que nunca se rinden.

Sí, siempre que lo hice, siempre que intenté rezar con los ojos cerrados y el alma fundida, me llevé, cargada sobre mis hombros, una maleta enorme repleta de sueños y atrevimientos, para no ir de vacío por esos caminos confusos y extraños. Y lo hice también enamorado. Muy enamorado. Orgulloso de lo que estaba intentando. Con un sencillo Padrenuestro posado en mis labios que me iba abriendo paso entre la maleza y las sombras, y que ya me iba mostrando las primeras sendas, las primeras aristas, los primeros guiños, las primeras luces.

No sabía de dónde tenía que sacar las fuerzas, pero estaba seguro que con un poco de esta fe que me ampara iba a ser más que suficiente. Que con ella tenía todo un tesoro escondido en mi alma que me estaba ayudando a salir adelante, a vivir sin sospechas ni contradicciones, y a pedir perdón por todas mis estupideces anteriores y todos mis errores futuros. Perdón con las manos abiertas y el escalofrío de la espera recorriéndome la

espalda. Pedir perdón y, sobre todo, saber por fin que esta fe me iba a permitir saltar sin recelos adonde el río forma con su espuma en la orilla todas las versos que ahora te escribo, Padre.

Decir apenas, con esa oración, todo aquello que llevaba guardado y que nunca quise decir a nadie. Todo aquello que me mataba y al mismo tiempo me daba la vida, que me atrapaba y era capaz de hacerme libre. Partiendo antes desde el silencio más hondo para que todos supieran por dónde latía aún este viejo corazón mío, por dónde los cómplices que me albergaban, por dónde el refugio urgente que necesitaba, por dónde ese tipo tan especial que intentaba ser, o mejor aún, ese niño que nunca quiso abandonarme y que andaba por ahí, escondido, jugando entre mis quimeras con una nariz de goma, roja y redonda, guardada en el bolsillo izquierdo de su pantalón vaquero, y que quería, sencillamente, encender la luz con sus payasadas para no quedarse nunca a oscuras.

Que todos supieran con esta plegaria que ese niño medio perdido y abandonado de mi vida no era otra cosa que el punto más alto al que había llegado mi madurez como persona. Adonde siempre debería dirigir mis pasos. Es decir, a esa cúspide hermosa y serena de mis ojos bandidos cuando son capaces de contemplar a Dios. A esa cumbre de mi sonrisa clandestina cuando es capaz de reír con Dios. A la cima más alta de esta historia imposible que creo nunca llegaré a concluir si no encuentro definitivamente a Dios. Ese niño que me buscaba la ruina como individuo y que a cambio me estaba regalando la mismísima gloria como hombre, como luz que brilla, como evangelio total, como auténtico hijo de Dios.

Cuando quise rezar siempre me conformaba, al principio, con un pequeño abrazo de bienvenida. ¡Bueno!, la verdad es que no me hubiera importado uno muy grande, de esos que te duelen en el pecho por la presión y se te saltan hasta las lágrimas. Después, ¡claro!, ya me sobraba todo. Dejaba a un lado mi equipaje, es decir, el vaso de agua, el ágape, el

abrigo, las flores, las tiritas por si me caía, el diario, las canciones y las ganas. Ya todo iba rodado. No necesitaba nada. Las palabras fluían solas. Ellas me daban la vida, me alimentaban y me saciaban la sed, me curaban y me escribían, me cantaban y me hacían sentir de un millón de formas nuevas, de modos distintos, de maneras diferentes.

Aunque, ahora que lo pienso, me parece que no eran mis palabras lo que me hacía renacer, sino tu escucha, Padre. No era mi pasado, sino tu presente y tu futuro. No era mi corazón, sino tus latidos. Eso era lo que realmente me conmovía. Lo que me alzaba. Lo que me sostenía en pié. Lo que me hacía creer en mí. Que yo fuera algo tuyo. Algo especial. Aunque sólo hubiese sido un amago de pensamiento, un humilde y sencillo pensamiento en un increíble segundo de paz y sosiego.

Oraba de dentro hacia fuera y de abajo hacia arriba. Me oía una y otra vez pronunciando y declinando verbos como dar o vivir, amar o compartir, esperar o construir. Y eran, allí en mi mente, una estructura sólida, consistente, imposible de demoler. Una disposición loca, apasionada, única, que me emocionaba, que me perdía. Oraciones que iban y venían desde mis labios hasta tu alcoba. Y con los ojos cerrados y el gesto a punto. Plegarias sencillas para un hombre que quería ser sencillo y que intentaba ser, sencillamente, un poco más feliz.

Y no solía poner jamás ni límites ni fronteras. Todo valía, nada era previsible. En mi declaración enamorada de intenciones lo mismo me ocupaba de mí que del resto de la humanidad. Daba igual una gran historia que un silencio encadenado, o una cruz derramada que un poema inacabado. Todo servía. Sensaciones que me conducían directamente hasta tu esencia, Padre. Que me arrancaban de cuajo de mi oscuro egoísmo y me sumergían de lleno en tu cegadora luz. Que me llevaban en volandas desde los abismos más crueles hasta los pechos más abiertos y más claros.

Masticaba cada gramo de oxígeno, de silencio, de amanecer, cada balsa de existencia. Todo a tu lado era una extraordinaria fiesta donde no faltaban ni tu risa ni mis ganas, ni tu atajo ni mi esfuerzo.

Eran mis humildes oraciones, palabras creadas desde mi propia y escasa valentía, desde todo aquello que me sostiene y me da la esperanza, y la certeza, y la seguridad, y la convicción profunda de que estoy vivo por todos mis poros y en cada uno de mis sentires.

Vocablos que siempre me conducen al mismo sitio, al único espacio a donde quiero llegar, de donde quiero partir, a ese territorio de tu acogida que tiene el hueco justo de mis formas, en donde sólo yo puedo entrar, en donde sólo yo puedo amar, en donde sólo yo puedo vivir. Una zona perdida en algún rincón de mis sueños. Un lugar donde las plegarias son las únicas monedas de curso legal para las cosas del corazón. Una franja especial donde todo es posible. Incluso no decir nada con los ojos cerrados. O decirlo todo con los ojos abiertos. Donde la fuerza reside en tener ilusión, en saber compartir, en apostarse serenamente en el mejor sitio para ver explotar el alba, en volver a cantar con fuerza, en poner en práctica los verbos alegrarse y renacer. Donde cada uno espera volver a ser ese niño que perdimos algún día y que tanta vergüenza le daba siempre salir de nosotros. Incluso para respirar.

Aunque yo, cuando quise rezar, lo hice siempre con los ojos cerrados, porque pensaba que así llegaría antes que nadie a Ti. Que Tú me recibirías apenas sin pérdidas de tiempo. Que muy pronto estaríamos en sintonía perfecta, en perfecta comunión. Pero, ya ves, ni siquiera me hizo falta cerrarlos, ni siquiera hablar, ni siquiera pensar o imaginar, o sentir, o volver. O hasta rezar. Porque Tú fuiste siempre parte de mí, Tú, mi primera intención, mi propia historia, mi vivir, la forma más sencilla de actuar, el



único modo de comprender, la única manera de amar. De saber. De descubrir al final, cuando ya sólo queda la fe, o tal vez ni eso, o quizás la esperanza de poder tenerla algún día, cuando ya no quedan excusas para nada y el aire ni tan siquiera es necesario para subsistir, que yo, este hijo pequeño que hoy te busca desde la tierra, que hoy te llama a voces y a susurros, mal escribiendo cosas sin sentido, medio perdido y totalmente enamorado, que hoy te espera fabricando noches y silencios, no era otra cosa que tu más íntima y hermosa oración y la fuga más deseada del más loco de tus abrazos.

Yo, como todos tus otros hijos, tu carne, tu evangelio, tu obra maestra, tu trozo de corazón, tu niño extraviado, tu locura, la forma más exquisita y sublime de crear y de creer, de colocarse con elegancia una nariz de goma roja y redonda para volver a reír, de estrenar, de comprender, de adivinar, por fin, lo mucho que aún puedo llegar a querer y, sobre todo, lo mucho que aún puedo llegar a vivir y a sentirme vivo.

Yo, Padre, o cualquiera de nosotros, tu voz más sentida, tu más sencilla oración que hoy rezas con los ojos cerrados y con las manos abiertas, acariciándonos con suavidad el rostro para limpiar de allí, con las yemas de tus dedos, todos, todos nuestros pecados.



*Fran Álvarez Charneco*

---

# **La voz sentida**

*Oraciones para rezar con los ojos cerrados*

## ¿ES POSIBLE OTRA VIDA?

Me pregunto si es posible otra vida,  
o si vale la pena una nueva respuesta,  
o si unas manos tendrían que estar siempre  
ocupadas con otras.

Si es verdad que el alma renace en cada caída,  
o si el silencio buscado te lee versos al oído,  
o si una mirada es suficiente para despertar emociones.

Necesito saber si estoy en el camino correcto,  
si al final el corazón crece cuando una historia termina,  
o si puedo ser niño cada vez que quiera.

Si es importante dedicarme un minuto de vez en cuando,  
o si las cartas perdidas tienen por detrás un remite olvidado,  
o si vale más un vaso de agua que todo un desierto de arena.

Quiero averiguar si el fondo justifica la forma,  
o si un Padrenuestro es el punto más alto de mi fe,  
o si es la fe la que me hace cerrar los ojos  
y continuar hacia delante.

Si puedo gritar con fuerza en la calle que no estoy solo,  
o si el grito es consecuencia de lo mucho que amo,  
o si el amor es lo único que me mantiene vivo.

Me cuestiono si la muerte es algo que precisamos,  
o si los susurros se crearon para la ternura,  
o si este poema tiene sentido en tus pupilas o en tu alma.

Si cuando busco algo me basta sólo la sonrisa,  
o si una lágrima es lo que me falta para ser definitivamente yo,

o si estoy demasiado cansado y me he quedado sin sueños.

Necesito buscar un trozo de mí mismo,  
y saber si ese trozo es también un trozo de Dios,  
o si Dios también me tiene presente en sus plegarias.

Si sé compartir lo que más quiero,  
o si me paso la vida acumulando vanidades,  
o si mi orgullo me tapon a cualquier salida,  
o si el ruido me distrae a todas horas.

Tengo que conocer si cuando alguien me abraza lo hace para siempre,  
o si mi abrazo también es una entrega sin condiciones,  
o si soy feliz siendo como soy.

Si he perdonado todo lo que tenía que perdonar,  
o si es posible olvidar las cosas que nunca olvidé,  
o si puedo vivir sin miedos y mirar sin miedo a los ojos.

Me urge saber si puedo levantarme de una vez por todas,  
o si los obstáculos son imprescindibles,  
o si hay alguien que me cuida a todas horas  
y, por supuesto, sabe cómo me llamo y todo lo que quiero.

Si para ser un hombre necesito creer en mí,  
o si los que creen en mí ya están cansados de esperar,  
o si la espera es un sinónimo de esperanza,  
o si la esperanza es lo único que me alienta.

Me pregunto si es posible otra vida,  
y si los que habitan en ella están más cerca de Dios,  
o si aún hay cuerdas a las que poder agarrarse,  
o si es que depende de mí, sencillamente, ser un poco mejor.